

esta confusión nace esta inquietud, inquietud que al no poder definir, al no poder explicar, se le antoja una incógnita difícil y, como tal, motivo de tristeza; en este momento es cuando la solución se hace más difícil, por no decir imposible.

Así, pues, creemos necesario que la joven delimite bien los campos de estos dos problemas, sentimental y sexual; que tenga conocimiento claro de dónde empieza el sentimental; dónde, cuándo se mezcla con el sexual, y dónde fine este último.

El problema espiritual se manifiesta más complicado en la mujer que en el hombre quizá porque en ella se halla más íntimamente ligado al sexual que en aquél. El hombre tiene claramente delimitados estos problemas; la vida espiritual y la sexual se hallan completamente separadas y su problema estriba solamente a menudo en imbricarlos, o sea en querer plasmar espiritualmente el problema sexual, en querer, por decirlo así, vivir espiritualmente necesidades materiales.

La mujer, por el contrario, dentro del campo espiritual tiene necesidades que, sin pertenecer al sexual, derivan de éste, como es el sentimiento de maternidad. La maternidad como sentimiento es obvio que pertenece al campo espiritual de la mujer, pero no es menos cierto que deriva de su vida sexual; es más, de manera imprescindible necesita intervenir el sexo para llegar a solucionar el importantísimo problema de la maternidad.

De aquí lo tan frecuente que es encontrar jovencitas que, creyendo elevarse, dicen sentir (quizás sinceramente) solamente el problema espiritual y dentro de él la maternidad; es este tipo de púber que desprecia, por lo menos en apariencia, el problema sexual; pero no por decirlo ella deja de sentir su influencia y notar, muy a pesar suyo, que es algo que no puede rehuir. Naciendo de aquí esa lucha interna, esa lucha callada que sostiene su espíritu entre lo que le parece elevado y que, por lo tanto, cultiva, y lo que por parecerle bajo o despreciable quiere soslayar.

De aquí que creamos que esa tristeza vaga, indefinida, que aparece en la pubertad de la mujer, tiene su origen en la ignorancia de su misión; es la tristeza de la niña que conserva todavía frescos en su espíritu los juegos infantiles y empieza a sentir inquietudes de mujer; es el momento en que se nota mayor para continuar los juegos de muñecas y se sabe todavía niña para jugar al amor.

No creemos en la utilidad de predicar optimismo a las jóvenes; el optimismo brota espontáneamente cuando hay un camino definido y una seguridad interna en recorrerlo. Así, pues, creemos que el único medio de evitar que esa sensación de tristeza arraigue y produzca trastornos definitivos en la vida de la mujer ha de ser solamente instruyendo a las jóvenes en el sentido que posean conocimientos sexuales suficientes para que no se les presente como una incógnita a sus jóvenes imaginaciones, antes al contrario, que la vida sexual que para ellas va a empezar sea como promesa en la que puedan ver realizadas, cumpliendo su vida sexual, todas sus inquietudes de orden espiritual. En una palabra, desvanecer el miedo a este fantasma que las cohibe y que las preocupa; que vean que no está reñida una espiritualidad muy elevada con el problema sexual.

